

se que destinaba á la bestia perezosa, al burro estúpido ó la mula indócil. — ¡Tú no trabajas, holgarán, pero no comerás!»

Este era su sermón ordinario. Es la fórmula de excomunión que empleó para expropiar al antiguo régimen, condenándole por absurdo y anacrónico.

Que los *holgazanes* pudieran encumbrar al mundo con su inutilidad es cosa muy poco verosímil. Que la propiedad, devuelta á su primitivo dueño, al trabajo, le fuera arrebatada todavía esto, parece monstruoso. Tenía esta máxima en el corazón: *Propiedad obliga*.

La Revolución, pues, estaba fundada, muy bien fundada, sobre los intereses, inspirándose en la opinión. Las masas agrícolas tenían la fe profunda de que la Revolución sería durable, eterna. La naturaleza no sería la naturaleza ni la crisis la crisis, si en un cambio tan rápido no se produjeran mil excesos, mil accidentes violentos.

El punto de vista por el que debía guiarse el legislador era que el movimiento no era una fuerza ciega ni se volvía contra si mismo.

Sus excesos eran su único obstáculo, la pasión de las propias masas. La Revolución ofreciendo al campesino los bienes por tan poca cosa aumentó prodigiosamente en él la pasión del dinero, la codicia. Era muy difícil arrancar los impuestos. Dar un sueldo precisamente en el momento en que este sueldo bien empleado podía hacer á uno propietario, era como un mal de corazón.

Por la misma razón, muchos escondían el trigo esperando la carestía para venderlo y aun provocándola. Las leyes más terribles contra el acaparamiento y el monopolio no surtían efecto; la pena de muerte no los atemorizaba; preferían morir á vender. Una campesina me dijo: «¡Qué buenos eran los tiempos de mi padre! Escondía su trigo... ¡Oh qué buenos eran aquellos tiempos! Se adquiría entonces todo un campo por un saco de trigo...»

Muy pronto se formaron asociaciones de adquirentes de bienes nacionales; los amigos conrataban juntos. Se recuerda la asociación proyectada por Bancal y Roland.

Las compañías, propiamente dichas, tuvieron su origen de fundación en la venta de las iglesias suprimidas, de los conventos, comenzada al principio del 92. Estos grandes inmuebles, poco susceptibles de división, poco útiles (la Francia tenía entonces pocas manufacturas que almacenar), ajustáronse á precios viles por lo bajos; puede decirse que por nada para las primeras *bandas negras* que los demolían. Las asociaciones no se limitaban á comprar lotes indivisibles, si no que extendían su especulación, y ligándose, realizaban mil maquinaciones para dominar la venta, quedarse con la parte del león.

La rapidez de la operación, la excesiva urgencia de las necesidades públicas, el desorden inevitable de un movimiento tan amplio, facilitaban extraordinariamente el fraude. Era tiempo ya para que una autoridad previsora echase sus miradas sobre los verdaderos intereses del

pueblo. Lo que se hace sentir en este instante aun más que la necesidad de un gobierno, es que las grandes masas de las poblaciones, especialmente de París, pierden su deseo de intervención en la política, no quieren gobernar. El pueblo no acude á las asambleas populares, á los clubs, á las secciones, etc., etc.

Es creíble lo que dijo Marat: «El tedio y el disgusto deja desiertas las Asambleas.»

«La permanencia de las secciones es inútil, dice aun... (12 Junio del 93) los obreros no pueden asistir. Robespierre dice precisamente lo mismo (17 Septiembre del 93); alega los mismos motivos y pide indemnización para los que asistan.

La Gironda está de acuerdo con la Montaña. Atestigua los mismos hechos. En una sección que contenía tres ó cuatro mil ciudadanos, tan solo veinticinco forman la Asamblea. (Diciembre del 92). La de más allá treinta ó cuarenta. Un agente de Roland le escribe en una comunicación de aquel tiempo: «Muy raramente se ven sesenta individuos por sección, de los cuales diez son del partido agitador; el resto escucha y levanta las manos maquinalmente.»

¿Qué significa este cambio? ¿Dónde está ahora la vida? ¿Dónde vá la muchedumbre? ¿Aquellas multitudes asombrosas que tomaron parte en las primeras escenas de la Revolución, se han fundido, han desaparecido, donde se han arrojado?

La masa, no encontrando mejora en el gobierno de la charla, se descorazonó. Diremos por qué arte se operó el descenso en los barrios.

La gente timorata de la burguesía es arrojada, después de Septiembre, en un tabuco. Apenas si se atreve á asomar la cabeza y lanzar una temblorosa mirada á la calle. La marcha nacional está sorda; no entiende el llamamiento; los ladrones tuvieron tiempo sobrado y mil ocasiones para despacharse á su gusto. El correo quedó desierto.

Pero si los cuerpos de la guardia, los clubs y las sesiones estaban hoy poco frecuentadas, en cambio los sitios de placer estaban atestados. Los cafés siempre llenos; los espectáculos lo mismo; y por el estilo las casas de juego y otras peores todavía. Ni la impresión reciente de las matanzas, ni el drama sangriento del proceso del rey eran motivo suficiente para separar á los parisienses de su grave ocupación: el placer. Si los realistas lloraban, como se ha dicho, derramarían sus lágrimas por la mañana solamente; por la noche, como los demás, se divertían, brillaban en los palcos de los teatros, reían las comedias y las preferían á las obras serias sobre asuntos patrióticos.

El asunto del rey iba mal, pero los realistas muy bien; esta era la opinión. La discordia de la Convención era muy visible. La Comuna yacía sobre la sangre de Septiembre y no podía incorporarse. Los departamentos cada día mostrábanse más hostiles á la tiranía de París. Septiembre había hecho mucho bien. La muerte del rey, si se verifica, por penosa que sea, producirá asimismo algún bien.

Estos eran los razonamientos de los realistas. Muchos concibieron la idea loca y generosa de salvar al rey. Después, viendo que la cosa era imposible, se resignaron y aprovecharon su alejamiento para otros asuntos; sumergíanse con avidez increíble en los placeres que proporcionaba París. Los defensores del rey mártir, los caballeros de la reina, hacían su campaña en el Palais-Royal entre el juego y las muchachas. Estas pensaban muy bien; eran ingenuamente, ardientemente realistas y sentíanse dichosas al ayudar de todos modos á los amigos del rey. Estos, perfectamente puestos en orden, provistos del necesario pasaporte, ajustado á buen precio, provistos de barajas que escamoteaban en las secciones, burlábanse de la policía; es verdad también que en el fondo ésta no existía. Las visitas domiciliarias avisadas con antelación, ejecutadas lentamente, no producían mas que un temor puramente imaginario.

Los más comprometidos iban y venían furtivamente. Vivían generalmente en el centro, alrededor mismo del palacio real; esto era como una especie de cuartel general mucho más poblado entonces que ahora. Los distritos lejanos, los barrios de Saint-Germain, la calzada de Antin, estaban desiertos. La hierba crecía en los muros de los palacios abandonados y aun en las mismas calles. Buscando á los dueños de estos edificios en Coblenz se les encontró durmiendo en el granero de una muchacha, durmiendo en la ropería de un teatro ó roncando en el sillón de un garito. Como los insectos ó las ratas se adivinaba su presencia, pero no se les encontraba por ninguna parte. Encontraban seguridad en el fondo mismo de la ratonera.

Los patriotas, irritados, de tiempo en tiempo hacían una *razzia* de teatros, pero sin resultado. Hacían lo mismo con el juego cuyas casas siempre tenían la misma afluencia. Aquél era arrestado y conducido; pero este castigo ni servía de escarmiento ni acobardaba á los demás. Cuando partía la patrulla victoriosa y estrepitosamente, después de haber quemado las barajas, destrozado y arrojado por la ventana los dados ó los tableros de damas, se reparaba todo inmediatamente: «Ya no volverá á ocurrir esto. El temporal ha pasado. ¿Y si vienen otra vez y nos arrestan? ¡Bah!; no hay que tener miedo.»

Las emociones demasiado vivas, las alternativas violentas, las caídas y reincidencias no solamente habían herido el nervio moral, sino que habían embotado en muchos hombres el sentimiento de la vida; se le hubiera creído muy arraigado en estos hombres que se entregaban ciegameamente al placer, pero resultó todo lo contrario. Muchos aburridos, disgustados, poco enamorados de la vida, tomaban el placer como suicidio. Esto se ha podido observar desde el principio de la Revolución. A medida que un partido político se debilitaba, degeneraba en enfermo, miraba hacia la muerte, los hombres que lo componían no soñaban más que en jugar. Se vió en Mirabeau, Capellier, Talleyrand, Clerman, Tonnerre en el 89 que se restauró el Palais-Royal á costa del

juego. La brillante tertulia se convirtió en una compañía de jugadores. ¿Qué era este palacio real, coruscante de luz, de lujo y de oro, adornado de hermosas mujeres sino el palacio de la muerte?

Presentábase allí bajo todas las formas. En el Perron los mercade-

*Il vient de me tomber entre les mains, Monsieur, la notice d'un mémoires de la marquise de Cabris, ma sœur qui réclame contre les ordres supérieurs qui la retiennent dans un convent, éloigné de son mari interdit pour cause de démence.*

*Je ne suis point étourdi de cet acte de tyrannie de la part de mon père; je sais de puis longtemps qu'il connoit trop le parti que l'on peut tirer des curatelles, pour en laisser échapper, son même qu'il faut, pour se les approprier, attendre la liberté de ses enfants; mais je suis surpris, je le avoue, que la même administration qui a légitimé l'arbitraire, des laisser ma sœur enlever un combat légal contre son tyran, ait l'indigne iniquité de m'interdire toute espèce de moyen de justification publique et de défense juridique. Oui, monsieur, je parle ainsi, parce que, je pense ainsi, et que l'autorité oppressive, perd le droit et le pouvoir d'en imposer à un homme de cœur; je parle ainsi, parce que, je m'adresse à un homme droit et vertueux, qui pense certainement à ce que je dis, quoi qu'il soit fait pour le faire, d'ailleurs à moi.*

*Je ne suis pas moins intéressé que Madame de Cabris, et je le dis à vous seul, Monsieur, j'en suis moins coupable, qu'il me soit donc permis comme à elle d'attaquer, tout en restant sous la main de Dieu, d'ailleurs l'insupportable cupidité de mon père. Songez, Monsieur, qu'il me ruine et qu'il me laisse manquer de tout, qu'il me ruine et qu'il me déshonore; qu'il me ruine et qu'il ne paye pas mes dettes; qu'il me ruine et qu'il me ruine sans pitié; qu'il me ruine et qu'il m'attaque ma vie, ma santé, ma vie. Songez y, et vous ferez d'indignation, et vous palpiteriez de pitié, vous si bon! vous qui m'avez fait tant de bien! il est allé que temps de demander un homme qui pour le malheur de presque tous les vens, il est temps de les ser mes mains, de sauver sa femme, et ses enfants de son fiel, et de sa rage; et pour tout cela, je ne demande que la permission, qui n'est point une faveur, qui ne soit pas refusé à Constantinople, qui m'aurait été accordé par Monsieur de Malesherbes, dans un temps, où non une solle et folle zélé, j'en serais sûr, par une telle de proposer des faits, de raconter les procédés d'un homme, que je de dirigerai par moi-même de peindre.*

*J'ai l'honneur d'être avec un tendre et respectueux dévouement, Monsieur, votre très humble et très obéissant serviteur*

*Mirabeau fils.*

*Au Doyen des Curés, Valenciennes le 10 avril 1779*

FACSIMIL DE UN AUTÓGRAFO DE MIRABEAU

Fechado en 1779, escrito en Vicennes y dirigido al guardasellos

res de oro; en las galerías las muchachas, las masas. Los primeros ofrecían los medios para arruinarnos. Prestaban dinero y una vez la cartera repleta se dejaba una parte en los cafés, otra en el Perron, otra en las mesas del primer piso y el resto en el segundo. Cuando se llegaba al alero se había evaporado la corteza. No fué en estos últimos tiempos del Palais-Royal cuando los cafés se convirtieron en iglesias de la Revolu-

ción naciente. Una vez se reunían en el café Camilo, otras se predicaba la cruzada en el café de Foy. No fué en estos últimos tiempos de inocencia revolucionaria cuando el buen Fauchet profesó en el circo la doctrina de los *amigos* y tomó fuerza el *Círculo de la Verdad*. Sí; frecuentábase mucho estos establecimientos, pero tenían algo de sombríos. No se predicaba ya la Revolución entre las agitaciones de la concurrencia. Eran sitios fúnebres. El restaurador Fevrier vió como mataban cerca de él á Saint-Fargeau. En el café Corazza se fraguó la muerte de la Gironda. La vida, la muerte, el placer rápido, grotesco, violento, el placer exterminador: Esto fué el Palais-Royal del 93.

Hacían faltas juegos en los que sobre una carta pudiera perderse una fortuna de una vez.

Faltaban muchachas, no de la raza mezquina de las que van por las calles y que suelen conducir á los hombres á la continencia. Las muchachas se escogían entonces, como se escoge en los grandes campos normandos el gigantesco animal exuberante de carne y de vida que se monta durante los días de carnaval. Desnudos los pechos, las espaldas, los brazos, en pleno invierno; la cabeza empenachada de enormes ramilletes, dominaban con su altura á todos los hombres. Los viejos se acuerdan, los que vivieron del Terror al Consulado, de haber visto en el Palais-Royal cuatro rubias gigantescas, colosales, enormes, verdaderos atlas de la prostitución que llevaron todo el peso de la orgía revolucionaria. ¡Con qué menosprecio veían agitarse en las galerías el enjambre de inventores de modas de espiritual semblante que con sus miradas picarescas rescataban las carnes para cubrir su delgadez!

He aquí los lados visibles del Palais-Royal. Pero quien haya recorrido las calles de Gomorra que existen á su alrededor, quien haya escalado los nueve pisos del pasaje de Radzivill, verdadera torre de Sodoma habrá encontrado cosas muy distintas. La mayoría preferían estos centros oscuros, agujeros tenebrosos, pequeñas garitas, impregnada la atmósfera de insípido olor de casa vieja, al mismo Versalles con sus pompas y sus perfumes. La vieja duquesa de D. al entrar en las Tullerías en 1814 cuando se la felicita por el regreso de los buenos tiempos dice tristemente: «¡Sí, pero aquí no hace el mismo olor que en Versalles!»

He aquí el mundo sucio, infecto, de vergonzosos juegos, en donde se refugió una muchedumbre, unos contrarrevolucionarios, otros sin partido, degastados, abatidos, abrumados por los acontecimientos, sin corazón ni ideales. Buscaban alivio en el juego y las mujeres, envolviéndose, escondiéndose allí dentro decididos á no pensar. El pueblo moría de hambre y el ejército de frío. ¿Qué les importaba? Enemigos de la Revolución que los llamaba al sacrificio, parecían decirle: «Vivimos en tu caverna, escondidos; puedes comernos uno á uno; á mi hoy, á él mañana; para esto estamos de acuerdo, pero para hacer de nosotros hombres, para despertar nuestro corazón haciéndonos generosos, sensi-

bles á los sufrimientos infinitos del mundo... para esto te desafiamos.»

Nos hemos sumergido en el egoísmo, abierto la sentina: Volvamos la cabeza.

Existían entonces casas de mujeres en las mismas casas de juego servidas por jóvenes de equívoca virtud. Los teatros llegaron al mismo nivel que los salones de mujeres de letras, intrigantes políticos, y las actrices desarrollaban todo su ingenio para rivalizar en la intriga. Triste escalera en la que la elevación no significa mejoramiento. El más bajo es el menos dañino. Las mujeres sirven en estas circunstancias para embrutecer y señalar el camino de la muerte. Pero una muerte peor que la otra: la muerte de los principios, de las creencias, la enervación de las opiniones, un arte fatal para ablandar y destemplan los caracteres.

Muevénse en París hombres que son caracteres nuevos, pero agitanse en un sitio donde todo está de acuerdo para debilitarlos, arrancándoles el nervio cívico, el entusiasmo, la austeridad. La mayor parte de los girondinos, perdieron bajo esta influencia, no el ardor del combate, el coraje, no la fuerza para morir, si no más bien la de vencer, la fuerte y viril resolución de alcanzar la victoria á toda costa. Se dulcificaron, perdieron la «acritud en la sangre que hace ganar las batallas.» Ayudándose el placer con la filosofía, hizo hombres resignados: desde el momento en que un hombre político se resigna es hombre perdido.

Estos hombres, la mayor parte jóvenes, hasta entonces envueltos en las oscuridades de la provincia, veíanse transportados repentinamente á presencia de un lujo nuevo para ellos, envuelto en un lenguaje cortés, las caricias del mundo elegante. Cortesías, caricias, más poderosas cuanto menos sinceras. Las mujeres sobre todo, las mujeres más hermosas en estos casos ejercen una dañina influencia á la cual nadie se resiste. Seducen por sus gracias más aún que por el interés que inspiran, por la alegría con que viven á vuestro lado y por el espanto que demuestran cuando intentáis realizar un acto. Tal hombre llegaba bien dispuesto, armado, acorazado; la belleza no pudo seducirle. ¿Pero qué hacer contra una mujer, que tiene miedo, que se os abraza? «¡Ah, señor! vos podéis salvarnos todavía, hablad por nosotros; haced por mí tal ruego, tal pregunta, tal diligencia, tal discurso. Yo sé que no lo haríais por otra, pero por mí sí... Sentid como me palpita el corazón.»

Estas mujeres eran habilísimas. Guardábanse muy bien de enseñar el doble fondo de su pensamiento. En el primer día no se veían en sus salones más que buenos republicanos, moderados, honestos. El segundo y a os presentaban fayetistas, realistas y durante algún tiempo no os volvían á enseñar nada. Finalmente, seguras de su poder, habiendo conquistado un débil corazón, teniendo acostumbrados los oídos, los ojos á la degradación de las sociedades republicanas, desenmascaraban el verdadero fondo y aparecían los antiguos amigos realistas. ¡Dichoso del